

*Amarilis*, cuyos misteriosos y sorprendentes episodios servían de pasto á nuestra vírgen imaginacion.

Mi tia usaba el lenguaje propio de quien habla con niños: á veces un mismo cuento lo adornaba con nuevos incidentes, y otras, los inventaba con sorprendente facilidad.

¿Quién no es adicto á esas gratas memorias de la infancia? ¿Quién no siente como un bálsamo regenerador que baña su corazon, al hacer encantadoras reminiscencias de aquella edad feliz? Algunos de aquellos cuentos que escuché en mis mejores dias, son los que me propongo trasladar al papel: ¿y en qué mejor lugar ponerlos, sino en la simpática publicacion consagrada á la familia, es decir, á ese foco de ternuras, de felicidades y de recuerdos, que tiene tan íntima analogía con esos relatos inocentes y sencillos?

Si las producciones de mi pluma no son dignas de esta ilustrada publicacion, ni del santuario que se llama hogar doméstico, son, sí, un tributo rendido en el templo de los más puros afectos.

Seguro es que no podré imitar el estilo sencillo y agradable de mi tia; cierto tambien que, despues de tantos años, muchos de sus relatos se me habrán olvidado, y otros tendré que reconstruirlos con trabajo, algo desfigurados; pero válgame mi buena intencion, y el propósito que me hago de que no será larga mi tarea, para no fastidiar mucho tiempo á los lectores.

Con esto concluyo esta especie de introduccion.

---

## EL CERTAMEN DE HERMOSURA.

---

No recuerdo bien si éste era el título de uno de los cuentos de mi tia; quizá más bien se llamaria *La más bella niña*, ó cosa por el estilo, porque el nombre de estos cuentos y el lenguaje con que eran relatados, tenían toda la sencillez característica de la narradora y de su infantil auditorio. Mas el título no hace al caso, con tal que la esencia no se haya alterado.

### I

Juan y Marta formaban un matrimonio modelo, porque entre ellos jamas hubo un sí ni un nó contradictorios, ni dimes y diretes, ni celillos que todo lo enturbian y echan á perder. Los vecinos, con ser de suyo murmuradores, no les hallaban lado flaco en que cebar su natural y fea propension, y ántes bien, encontraban frecuentes motivos para elogiarles: Juan y Marta, pues, vivian tranquilos por este lado, y en paz y gracia de Dios.

Pero como no todas son dulzuras en esta vida, aquel matrimonio no dejaba de tener sus penas, nacidas de sus escaseces. Por más que Juan sudaba la gota gorda en el trabajo, y por más que la buena Marta le ayudase á soportar la carga dedicándose á labores mujeriles de mezquino producto, sólo podían reunir unos cuantos reales, y estaban siempre, como suele decirse vulgarmente, *á la cuarta pregunta*.

Si ambos se hubieran desesperado y maldecido su suerte, como lo hacen muchos pobres que se creen con derecho de exigir á la Providencia todos los bienes que apetecen, como si fuera una deudora morosa, ciertamente que hubieran merecido estar siempre entre angustias y miserias; pero Juan y Marta no eran iracundos ni se exasperaban, y todos los días decían resignados al Sér Supremo: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy . . . .*

Una primera hija vino á aumentar los apuros de los esposos; y aunque dicen que los hijos son la bendición del cielo, el caso es que los pobres padres se quitaban por ella el pan de la boca para alimentarla, y la cobija para abrirla; bien es cierto que no sentían por ello el hambre ni el frío: tal era el cariño que tenían á la mocosuela.

Dios quiso recompensar aquel amor perfecto y aquella paciencia ejemplar, y al mismo tiempo que les enviaba otra hija, mandábales también una cuantiosa herencia de un tío rico, muerto en lejanas tierras.

Juan y Marta saltaron de gusto, no por la muerte del

tío, sino por la recepción de la herencia; y después de encomendar á Dios al finado, como buenos cristianos, trataron de disfrutar del mejor modo aquella rica herencia.

Ya no hubo penas ni escaseces: compraron un pequeño palacio, y coches, trenes y servidumbre fueron el complemento de aquel inesperado cambio de posición.

No dejó de haber sus envidias y murmuraciones entre los vecinos, porque ya se sabe que es pasto sabroso del que nada posee, murmurar del que algo tiene. Pero la maledicencia era acallada en su cuna, por los muchos beneficios que los nuevos ricos hacían á los pobres.

Y si aquella generosidad y benevolencia se extendían á los extraños, ¿cómo no habían de consagrarse á aquellas dos hijas queridas que parecían haber sido precursoras de la fortuna? Todo era cuidados y desvelos, mimos y cumplimiento de los caprichos de las pequeñas, que fueron creciendo entre ayas complacientes y criados esclavos de sus deseos, y entre lujo, riquezas, galas y perfumes.

Con maestros de idiomas y bellas artes, las jóvenes recibieron lo que se llama una educación *á la moda*: música y baile, canto y dibujo, chapurrear el francés y el italiano, eran sus adelantos; nada de lavar ni barrer, ni hacer calceta, ni espumar un puchero: que eso se queda para las pobretonas que tienen necesidad de entregarse á tan rudas faenas.

Así es que invadiendo la vana moda los hábitos y las propensiones de aquellas niñas, su influencia alcanzó hasta sus nombres. Sus padrinos quisieron que se llamasen Juana y Marta, como una muestra de cariño á los autores de sus días; pero ellas encontraron comunes y prosaicos dichos nombres, y los cambiaron por otros: la mayor dió en llamarse Flora, ó Flor, como le decían sus aduladores, y la segunda Estrella.

Si se ha de juzgar por el aspecto exterior, no hay duda que la primera merecía bien aquel nombre, porque era lozana, atractiva y hermosa como una flor; y la segunda también lo merecía, porque sus gracias, su donosura y belleza resplandecían como una estrella.

Juan, que era el más sensato, solía decir á su mujer:

—No será malo que enseñes á tus hijas todos los quehaceres de una casa; mira que los bienes de fortuna hoy son, y mañana no; y si volvemos á la pobreza, ¿qué va á ser de unas muchachas que se han criado como princesas? Además, quien no lo sabe hacer, no lo sabe mandar. Conque así, dáles unas leccioncitas de costura, de barrido, lavado y otros menesteres.

—¡Cómo!—decía la madre—¿cómo quieres, hombre de Dios, que mis hijas, tan pulidas y tan delicadas, vayan al fogón, y se tiren á esos suelos, y se pinchen con la aguja, y se derrenquen con el trabajo? ¡Cómo se pondrían esas manitas tan blancas y suaves! ¡cómo se pondrían esas caritas de cielo!

—Pero, mujer! la que ha de ser hacendosa debe hacerlo todo.

—¡Hombre, no seas terco ni pesado! ¡Vaya con el padre tirano! ¿De qué les servirán á las pobrecitas sus riquezas, si se han de echar al trabajo como unas negras? No; miétras yo viva, que disfruten de su bienestar; y si hemos de volver á ser pobres, no les anticipemos las penas.

Y el bueno de Juan callaba, inclinando la cabeza, porque sabía por experiencia que es en vano luchar contra una madre que aboga por sus hijos.

Pero, yendo y viniendo días, pareció que se iban confirmando los presentimientos de Juan. El mucho gastar y el poco medrar; la ninguna economía de amos y criados, y los despilfarros por cumplir los descabellados antojos de las niñas, fueron mermando de tal modo la rica herencia, que el palacio se convirtió en reducida casucha, los carruajes en un solo carricoche, y la gran servidumbre en sólo dos humildes criadas.

En aquella mediocridad, Juan y Marta tuvieron una tercera hija; que es sabido que los hijos vienen cuando las tortas se van. Púsosele por nombre María; y si sus hermanas tenían fama de belleza, ella, sin ser portento de hermosura, tenía una gracia y un atractivo sin iguales.

Pareció que, así como las otras hijas habían llevado la fortuna á la casa, la tercera llevó la pobreza, porque desde su nacimiento fueron á ménos los ya escasos bienes paternos. Quizá por esto, todos veían á aquella po-

bre chica con cierta prevención, y con el injusto recelo de que fuese mensajera de mayores males.

Esto hizo que la chichuela no tuviese iguales mimos y prerogativas que las concedidas á las otras hermanas, y que se criase con ménos delicadeza y cuidados: en cambio, desde muy pequeña supo desempeñar todos los quehaceres de la casa; y aunque aquellas manecitas se estropearon, y aquel fino cutis se puso áspero, con el trabajo adquirió María nuevo y saludable vigor, nueva frescura y lozanía.

Las dotes de su alma correspondían á esos atractivos exteriores.

Flor y Estrella eran dos niñas lánguidas y endeblés, que no servían para ciertas cosas. Ocupadas con sus cosméticos, sus postizos y sus dijes, ni tenían tiempo para otra cosa, ni podían coger una escoba, ni condimentar una marmita, ni lavar un trasto. María, pues, venía á ser la criada de la casa; pero la pobre niña no se quejaba; con angelical dulzura, y considerando á sus hermanas como seres superiores, les servía con gusto, sin murmurar ni rebelarse.

Y mientras Flor y Estrella se engalanaban y perfumaban, y recibían visitas de currutacos en el estrado, ó dormían quejándose de jaqueca, María estaba siempre envuelta en humilde saya, apartada de todos, haciendo alguna faena ó entregada á lecturas provechosas.

## II

El reino de Cochinchon era uno de los mejores reinos de aquellos tiempos. El rey era un modelo de bondad y de justicia: en sus dominios no había oprimidos ni opresores, ni magistrados venales que torcieran la vara de la justicia, ni malos administradores de los bienes nacionales, ni curiales de los que en este siglo se nombran *chicaneros*, ni agiotistas desalmados, ni un gran ejército que se absorbiera la mayor parte de las rentas públicas, porque siendo el soberano querido y respetado de todo su pueblo, no necesitaba del apoyo de las armas para sostenerse en su puesto; ni mucho ménos había estos revoltosos que dándonos tantos sustos, nos tienen con el alma en un hilo, y que se llaman *polkos* y *puros*.<sup>1</sup> Tampoco había cargas ni impuestos excesivos para los vasallos, por lo cual éstos le adoraban, y le traían, como suele decirse, en las palmas de las manos.

Un rey tan justo, no podía ménos que castigar el vicio y premiar el mérito, donde quiera que se hallase. Así es que en la capital de sus dominios con frecuencia se verificaban concursos de artistas, escritores y sabios, entre los cuales se escogían los más sobresalientes, y se les acordaban magníficos premios. Esto era motivo de espléndidas fiestas y de públicos regocijos, á los que

1. No se olvide que hablaba mi tía, en el año de 1847.

asistian los reyes, los príncipes y gran acompañamiento de los empleados del reino.

¡Qué nacion tan feliz aquella! Pero ¿creerán ustedes que tambien sus reyes lo eran por completo? Pues no señor: aunque el rey era tan bonachon, y aunque su consorte no lo era ménos, ésta, como todas las mujeres, solia tener sus cavilaciones y caprichillos, que servian para mortificar al marido, y para una que otra enojosa discusion entre ambos; lo cual demuestra lo que ya todos sabemos: que en este mundo no hay sér completamente venturoso, ni los potentados, ni los reyes.

Hacia muchos dias que Su Majestad cochinchonesa andaba ensimismada y displicente, sin que nadie supiera la causa. Naturalmente ese humor negro iba en contra de sus súbditos y allegados, porque en todas partes, aun en las naciones más felices, los pequeños sufren las impertinencias de los grandes.

El buen rey padecia tambien con las desazones de su mujer, y por más que lo inquiria, no acertaba á averiguar en lo que consistia aquello.

—¿Qué tendrá la reina nuestra señora? ¿Qué le pasará á Su Real Majestad?—decian los súbditos.

—Creo—decia alguno—que su salud está muy quebrantada.

—Tal vez—agregaba otro—S. M. nos va á regalar otro infante.....

—¡Quiá! sus años ya no lo permiten.

—Tendrá tal vez algun oculto pesar.

—Dios no lo quiera.

Y todo eran preguntas, y comentarios, y novenas, y votos, y rogaciones para que la soberana recobrase su alegría y bienestar.

Fueron consultados los médicos de cámara, y despues de pulsar, palpar y auscultar á la paciente, declararon que su salud no estaba alterada, y que aquel aspecto extraño reconoceria más bien por causa alguna melancolía del ánimo.

El rey se afligió en extremo; y una noche en que más que nunca sufría con la inquietud y el insomnio de su consorte, se decidió á poner coto á aquella situacion anómala, tomando una actitud enérgica.

—¡Acabemos por fin! Mujer, ¿me quieres decir qué diantres tienes? Estás desmejorada, no comes ni duermes bien, á todos molestas con tus remilgos, y á mí me estás acabando la vida y la paciencia!

Aquí de las lágrimas y soponcios de la pobre reina, que entre suspiros y sollozos contestó á su marido:

—¡Qué injustos y tiranos son los hombres! Despues de que la hacen á una víctima de su orgullo y su soberbia, todavía vienen con duro lenguaje é increpan á la pobre mujer su desgracia!

—¡Voto va! Pero vamos á ver, mujercita mia, ¿en qué consiste esa desgracia? ¿No lo tienes todo? ¿qué te falta?

—Me falta que me dejen en paz y no me mortifiquen con inconveniente solicitud. Nada pido; de nada me quejo.....

Y seguían el llanto y los aspavientos.

—Expliquémonos y hablemos claro, mujer testaruda, porque de otro modo, no llegaremos á entendernos, y yo quiero hacer cesar esta situacion que á todos nos desazona. Vamos, pichoncita mia—añadió suplicante el buen rey, que ya no sabia cómo salir del paso—dime qué deseas; ¿no sabes que siempre soy complaciente, y que me desvelo por darte gusto?

—Yo te lo diria, si no temiera sufrir tus burlas y un desaire.

—Nada temas; desde ahora te concedo cualquier cosa, con tal de que vivamos contentos y en paz.

—Pues has de saber que úna, no por ser mujer deja de sentir y pensar.

—Y bien.....

—Mucho tiempo hace que he notado (sin que esto sea meterme en tu gobierno) que en el reino hay bastantes irregularidades.

—¿Qué dices, mujer!

—Pues sí: tantas fiestecitas, tanta alharaca y repique de campanas, y tantos premios y despilfarros, son como aquello de Juan Palomo: *yo me lo guiso, yo me lo como*.

—No te entiendo: y si no te explicas mejor.....

—Pues sí: tantas consideraciones, y tantos honores y preeminencias, son aquí sólo para ustedes los hombres, y á nosotras las mujeres se nos deja desatendidas, abandonadas, abatidas y deturpadas.

—¡Válgame Dios! ¿á dónde irás á parar? ¿Qué inno-

vacion es la que quieres hacer en mi modo de gobernar?

—Pues sí: esa proteccion concedida á artistas, que más bien son vagos; esos honores acordados á los que llamas escritores porque emborronan papel; esos premios dados á los que nombras sabios porque están embobados contemplando las estrellas, ó midiendo los montes, ó recogiendo yerbas en los campos, ó haciendo menjurjes en los laboratorios; todo eso, debia ser acordado tambien á nosotras las mujeres, que méritos bastantes tenemos para alcanzar distinciones y coronas gloriosas.

—Conque, en resumidas cuentas, lo que quieres es que las de tu sexo sean llamadas á concursos científicos y literarios. Y dime, reina desacordada, ¿qué cosa especial se premiaría en la mujer? Como no fuera por guisos y costuras, ó por manejar ruecas y ovillos, no sé por qué se les habia de premiar.

—¡Y qué poca penetracion tienes, rey retrógrado! ¿Pues no es digna de premio la buena esposa, la buena madre que sabe educar á sus hijos, dando así al país excelentes ciudadanos? ¿No es digna tambien de admiracion y alabanza la que es hermosa, puesto que con su belleza puede avasallar á los hombres, por más encumbrados y poderosos que sean, cosa que no puedes tú hacer con todos tus ejércitos?

Siguió todavía algun tiempo la discusion entre los dos esposos; mas como en las lides de la palabra siempre acaba por triunfar la mujer, el buen rey tuvo que

acceder á todo lo que su consorte quiso. En consecuencia, se acordó que se abriría un concurso en que sería premiada, con premio singular, la mujer más hermosa, y se enviaron heraldos á todos los lugares del reino, para que anunciaran el extraño y ruidoso certámen.

### III

Por todo el reino de Cochinchon, y aun por los países vecinos, circuló rápidamente la noticia del extraordinario certámen. Éste fué anunciado con trompetas y atabales hasta en las más escondidas aldeas, causando desusada conmoción en el sexo femenino. Se vió á muchas jóvenes que tenían fama de belleza hacer sus preparativos para acudir á la corte; y aun algunas mujeres maduras, con la natural presunción de las casquivanas, ocurrían á lavatorios, cosméticos y postizos, proponiéndose también disputar el anhelado premio.

Imposible sería pintar el tráfago, la batahola, las idas y venidas, la acumulación de galas, las esperanzas concebidas, los insomnios febriles de las que iban á formar parte del concurso. Indudablemente aquel proyectado certámen fué una mecha prendida á la vanidad femenina.

—He soñado—decía Flor á Estrella—que me había yo presentado á la fiesta de la corte, donde, triunfando mi hermosura, me habían llevado á un trono esplendente, y ponían en mi frente valiosa corona.

—Y yo he soñado—decía Estrella á su hermana—

que un príncipe apuesto y poderoso, juzgándome la más bella, me tomaba de la mano, me conducía á su palacio resplandeciente, y me hacía su esposa.

—Y qué ¿no se realizarán nuestros sueños?

—Todo está en que queramos: digámosle á padre que nos lleve á esa fiesta de la corte.

En estas locas conversaciones pasaban el tiempo las dos hermanas, mientras la pobre María, silenciosa y humilde, se ocupaba en los quehaceres de la casa.

—Juan—decía Marta á su marido—¿cuán cierto es que quien tiene el mayor tesoro no lo conoce, así como el avaro no sabe aprovechar su riqueza! Tú eres ese avaro. Mira el tesoro que Dios te ha dado..... mira qué hijas tan hermosas! Ese don de Nuestro Señor podían hoy utilizarlo presentándose á esa fiesta que llaman *cierto-amen*, donde pueden alcanzar premios, distinciones, y quién sabe si un brillante porvenir.

—¡Tú estás loca, mujer! Aunque á la reina nuestra señora se le ha metido en la cabeza hacer esa fiesta, la tal fiestecita no es muy de mi devoción..... Estas son cosas de los reyes, que no tienen en qué entretenerse; y ¿quién sabe! tal vez lo hagan con el objeto de ver cuántas vanidosillas hay en su reino, y darles el premio merecido, es decir, desecharlas de sus dominios.

—¡Qué hombre tan suspicaz y desconfiado! ¿Quién te dice que esas sean las intenciones de nuestros soberanos? Pero ya sé: es que tú, sea tuerto ó derecho,

siempre te opones á lo que una dice, y nunca quieres dar gusto á tus pobres hijas.

—Pero ¿no ves, mujer, adónde iríamos á parar si cumpliéramos todos sus descabellados caprichos? Además, bonita facha haríamos ellas y nosotros, presentándonos de trapillo en la corte!

—Otros irán más pobres; y aunque así no fuera, á ellas les basta su hermosura para lucir en cualquier parte. Conque así, no me digas que no, hombre injusto, porque en esto no he de ceder.

Y siguió la disputa conyugal; pero por fin, sucedió lo que en la discusión de los reyes, que la tenacidad de la mujer triunfó. Juan, ó por convencido, ó por libertarse del chubasco de palabras y reproches de su consorte, acabó por consentir en lo que la madre y las hijas querían.

En consecuencia, empezáronse los preparativos para el viaje, que debía hacerlo toda la familia, puesto que las niñas no podían ir solas.

Éstas se ocuparon desde luego en reunir blondas y encajes, afeites y perfumes, y en recomponer sus trajes de gala.

El carricoche se hallaba en lamentable estado: deslucido y descascarado, tenía un aspecto ingrato á la vista, y con una sopanda más corta que otra, parecía como derrengado, y daba saltos tremendos al caminar. Se le dió una mano de barniz de brocha, se arregló como se pudo, su lanza rota y sus desniveladas sopandas, se le adornó con gasas, flores y oropeles, y á la

única mula que tiraba de él, ya casi ciega por la edad, se le agregó una compañera que, aunque cojeaba un poco, era igual á aquella en alzada, en color, y creo que hasta en mañas. Con esto, y con emperifollar á las dos ancianas bestias con penachos y gualdrapas, quedó hecho lo principal de los preparativos.

María lo veía todo en silencio y sin cuidarse de aquel tráfago, entregada á sus faenas caseras. Sólo cuando llegó la víspera del viaje hizo su maletilla, que contenía sus menesteres de hilado y costura, porque María no gustaba de pasar el tiempo ociosa; algun libro de lectura instructiva; un pequeño botiquín, porque pensaba que con aquel endemoniado carricoche era muy fácil que sus padres sufrieran más de una contusión en el camino; agregó sus ahorrillos no muy abundantes, y algun bastimento para las necesidades ó antojillos de los autores de sus días, revelando así la prudencia y prevision que eran dotes de su carácter.

En una mañanita fresca y hermosa se puso en camino el carricoche, tirado por las enjaezadas mulas y conducido por un cochero á quien se había vestido con una usada librea de mil colores.

En todos los lugares por donde pasaban llamaba la atención aquel extraño tren, y los vecinos salían á sus puertas y ventanas á contemplarlo.

—Mira—decían riendo las comadres—ahí debe de ir el Gran Chino.

—No; que más bien parece comparsa de Carnaval.

—Son provincianas que van á la corte.

—Vamos—decía Marta muy hueca y satisfecha—al *cierto-amen* de hermosura, al que han sido llamadas mis hijas por Su Majestad la reina.

Al llegar el segundo día á una venta cercana á un pueblecillo donde debían pasar los viajeros la noche, y miéntras el cochero componía los atalajes que se habían desarreglado, unos cuantos curiosos rodearon el carricoche, embobados ante su extraño aspecto.

Allí, á un lado del camino y sentada sobre un tronco de árbol, estaba una mujer pálida y triste. Sus vestidos desgarrados, aunque limpios, indicaban su extrema pobreza; su cara demacrada, el círculo oscuro que rodeaba sus ojos, su mirada mortecina, daban á conocer que estaba enferma ó tenía hambre.

Al ver que el carricoche se detuvo, se puso en pié y avanzó lentamente y como indecisa, hasta llegar junto á él. Allí, al ver el franco semblante de Juan y la belleza de sus hijas, pareció animarse, y extendiendo hácia Flora las enflaquecidas manos, le dijo con gemidor acento:

—¡Bella niña! mi hijo recién nacido se muere de frío, y también de hambre, porque no tengo leche con que alimentarle..... Sólo por ese sér querido me he resuelto á implorar la caridad pública; que á ser yo sola, á nadie importunaria, y moriría resignada, haciéndose la voluntad del Señor mi Dios.

—Buena mujer—contestóle Flora desdeñosamente—no nos es posible ni podemos detenernos en remediar necesidades; vamos muy de prisa.

—¡Bella niña!—insistió la infeliz madre dirigiéndose á Estrella—una caridad para mi hijo inocente!

—No podemos, buena mujer: será otro día.

Juan y Marta no habían oído el triste diálogo, porque á tiempo que la mujer se acercaba al carricoche, se apearon de éste, y hablaban con el ventero, informándose de cuál era el camino más corto para llegar á la capital del reino.

La desgraciada pordiosera no tenía ya á quien implorar. Es cierto que desde un principio vió á María, pero la tuvo por criada de las jóvenes al notar su traje humilde y su actitud modesta; y si las amas no habían podido ó querido socorrerla, ¿cómo lo había de poder la sirviente? Retirábase, pues, llorosa y desconsolada.

Pero María lo había oído todo; y desde un principio su carita de querubín se había contraído por conmoción sublime, y sus dos luceros, más bien que ojos humanos, se habían cuajado de lágrimas de compasión y de ternura: ¡así deben llorar los ángeles por las miserias de los hombres! Desde un principio también, María buscaba algo con afán en el fondo del coche, y una vez encontrado su hatillo, dijo á la pobre mujer con voz dulce y cariñosa:

—Esperad, hermana.

Y queriendo tal vez dar á sus crueles hermanas una lección, más bien que por hacer alarde de sus bellos sentimientos, continuó:

—Los desgraciados tienen derecho á ser consolados,